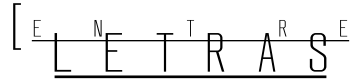

ENTRE
LETRAS

David Betancourt (Medellín, 1982) es cuentista, periodista y filólogo hispanista. Sus cuentos han aparecido en prestigiosos medios escritos de Colombia y el exterior, y en diversas antologías. Ha sido ganador de más de una docena de certámenes literarios nacionales e internacionales, entre los que se destacan el Concurso Internacional de Escritura Creativa, Caracas, Venezuela, 2012-2013; la III Convocatoria de Estímulos al Talento Creativo de la Gobernación de Antioquia, Modalidad Cuento; el X Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander y el XVII Concurso Nacional de Libro de Cuentos Jorge Gaitán Durán.

CU4TRO CUENTOS DE DAVID BETANCOURT

CONTENIDO ////

Los cuentos de
David Betancourt / 06
Nocaut / 11
Desencuentro / 37
Carne / 49
Abrázame fuerte / 63

////

Los cuentos de David Betancourt

Entre todos los géneros literarios, quizá el cuento sea uno de los más antiguos. Su origen acaso se remonte a las hordas de humanos prehistóricos que, concluidas sus arduas faenas de caza, se sentaban al calor del hogar protector a contarse unos a otros las hazañas del día. Vladimir Propp, folclorista ruso que estudió los relatos tradicionales de su país, afirmaba que el cuento conserva, como huella de este inicio remoto, una estructura fundada en series de acciones más o menos fijas, que le dan su orden y coherencia: en todos los cuentos, en efecto, el héroe empieza las acciones con un "alejamiento"; se "enfrenta" con un antagonista; recibe un "objeto mágico", y, al final, contrae "matrimonio" con alguna hermosa doncella. Para Propp, que identificó decenas de tales acciones, a las que denominó "funciones", la estructura de los cuentos de hadas reflejaría mucho de las vivencias y desafíos que enfrentaron los hombres primitivos en su cotidianidad.

Ahora bien, dejando de lado la difícil cuestión acerca del origen del cuento, vale la pena mencionar dos características que hacen a este género tan entrañable para cualquier lector: su brevedad y contundencia. Un cuento ha de ser breve porque tiene que evitar a toda costa desviarse del estricto desarrollo de su argumento, esto es, "irse por las ramas". Y ha de ser contundente porque debe lograr su efecto sobre el lector en el espacio de muy pocas páginas. A este respecto, Julio Cortázar comparaba la labor del escritor con la del púgil, y señalaba que, a diferencia del novelista, que gana su "combate" con el lector por puntos, el cuentista debe ser directo, ir al grano, pues su "victoria" solo se alcanza por *nocaut*. Pues bien, es justamente este efecto de *nocaut*, de cachetazo ante lo sorpresivo o inesperado, el que experimentamos al leer los cuentos de David Betancourt.

Para quienes le siguen la pista a los cultores del cuento en Colombia, el nombre de David Betancourt (Medellín, 1982) ya no resulta desconocido. Con sus narraciones ágiles, cotidianas, llenas de humor e intensidad, ha empezado a ganarse un lugar en la literatura de nuestro país al lado de autores consagrados como Álvaro Cepeda Samudio, Andrés Caicedo u Octavio Escobar Giraldo. Y esto no es una hipérbole. A ellos se asemeja en la cercanía de su lenguaje a la oralidad, en su virtud para desarrollar historias sobre personajes y hechos en apariencia triviales, y en su gusto por temas como el amor, la violencia, el erotismo, la locura, la muerte, el absurdo, todos ellos enmarcados en atmósferas donde los narradores, por lo general, son jóvenes amantes de la cultura popular, la rumba y el alcohol. Con todo, Betancourt no posa de artista disoluto. Detrás de su trabajo creativo, por el contrario, se advierte una rigurosa disciplina de escritura, una cuidadosa elaboración de cada frase y párrafo, en suma, un perfecto dominio del oficio de contar.

Y es que este joven escritor en modo alguno es un inexperto. Sus textos no solo han aparecido en prestigiosos medios escritos de Colombia y el exterior, sino que de su mano han salido cuatro libros de cuentos, todos ganadores de premios y distinciones: *Buenos muchachos* (2011), *Yo no maté al perrito y otros cuentos de enemigos* (2013), *Una codorniz para la quinceañera y otros absurdos* (2014) y *Ataques de Risa* (2015), libro este último que, caso curioso, ganó tres certámenes literarios nacionales de forma prácticamente simultánea.

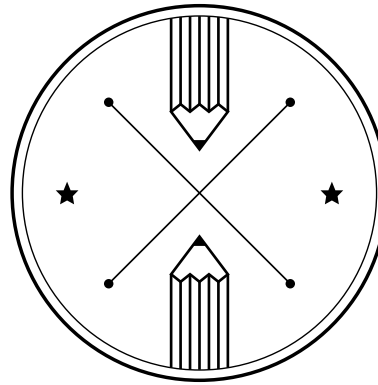
Los cuentos de Betancourt discurren sobre temas como el desamor y la obsesión, la violencia y la muerte, la pobreza y el abandono, la locura y la marginalidad. Sin

embargo, su escritura no tiene ningún afán de denuncia. Lejos de ser panfletario, o de caer en un pesimismo anárquico, Betancourt aborda estas complejas realidades con humor y picardía, con naturalidad e inteligencia, como si el mejor recurso ante los infortunios fuera el alivio de la risa.

Así, pues, con el fin de que los lectores de la Universidad El Bosque conozcan a esta sólida promesa de la literatura colombiana, a continuación presentamos una selección de sus cuentos. La antología empieza con "Nocaut", que narra las peripecias de una joven rebelde e iconoclasta durante una intensa noche de rumba. Luego viene "Desencuentro", relato en que un muchacho, pobre y enamorado, hace todo cuanto puede por alcanzar el objeto de su deseo… El tercer cuento, "Carne", nos acerca al tema de la locura, a través del testimonio de un hombre afectado desde niño por un extraño trastorno mental. Y, finalmente, el cuento "Abrázame fuerte" habla de las vivencias de una joven pareja de esposos que, agobiados por la rutina y en vísperas de un largo viaje al exterior, deciden salir de fiesta cada uno por su lado.

Esperamos que estos cuentos sean del agrado del lector; que contribuyan a promover el aprecio por la literatura entre la comunidad académica de la Universidad El Bosque, y que permitan mostrar que la lectura de buenos textos literarios es, también, una forma interesante de aprovechar el tiempo libre.

GUSTAVO ////
//// ZULUAGA HOYOS



*Cuento perteneciente al libro *Ataques de Risa* (Editorial Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2014. Ganador del X Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander, del XVII Concurso Nacional de Libro de Cuentos Jorge Gaitán Durán y del XII Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín).

ILUSTRACIONES ////
//// PAOLA ESCOBAR

¡Es verdad! Las malas compañías son las buenas, pero lo que me hizo Paloma esa noche fue suficiente para quitarle la amistad. Nunca se lo perdonaré, nunca. Le acepté la invitación porque estaba cansada de los hombres y, además, quería experimentar cosas nuevas, probar, encarretarme con una mujer. Me moría por saber lo que se sentía besar unos labios suaves, y en ese lugar, segura, podría cumplir mi fantasía. >

Antes de entrar nos tomamos afuera del negocio una botella de Norteño para entonarnos y ahorrar plata porque adentro el trago era caro. Entramos. Nos sentamos en una mesa al frente de la barra y pedimos media de aguardiente. Al principio, así tuviera ya unos traguitos en la cabeza, me sentía incómoda y apenada, por eso me la pasé un rato mirando para el piso. No quería encontrarme con conocidas porque no sabía qué responder si me preguntaban si me había vuelto lesbiana. Luego, con más trago y la música de ese lugar, me liberé, me sentí tranquila y no paré de mirar caras, nalgas, pechos y curvas. Definitivamente, pensé, todas están muy lindas, muy mamis, todas, mientras que los hombres de mil se salva uno, y ese uno o es marica o es bobo. Seguí mirándolas.

Cuando sonó una versión electrónica de "Personal Jesus" Paloma y yo nos paramos a bailar eufóricas. Yo me movía sensual y hacía caras. Una muchacha se me acercó y me rozaba bailando, me respiraba en la nuca, me giraba y me respiraba en la boca, diciéndome con sus gestos que en ella tenía un beso seguro. Luego me agarró de la cintura, sin pedirme permiso, sin preguntarme el nombre siquiera y me puso a bailar. Yo le seguí la corriente y mientras dábamos vueltas sentía que no estaba bailando una canción de Depeche Mode sino un merengue, un merengazo. Te invito a un trago, linda, me dijo luego, y yo le dije que yo tenía, que ahora cuando se me acabara se lo recibía. Y que sí, le dije, que ahorita bailábamos otra. No fui grosera, solo que no era la nena bonita que yo buscaba. Además, lo tenía muy claro a pesar del alcohol: no me iba a meter con la primer fea lanzada que se me insinuara. La muchacha no tenía gracia, era desgraciada, pero por ser mujer, algo nuevo para mí, me excitó un poquito, sentí vértigo.

Paloma me molestaba diciéndome galana, galana, galana y me daba puñitos en la cara, y sí, estaba en mi día: otra, al lado de la pista de baile, me picaba el ojo y se pasaba la lengua por los labios. Me quería comer. Pero no había caso, yo ese día además de una mujer quería una calladita, no sumisa pero tampoco lanzada como esas, una que se hiciera rogar, que no mostrara las ganas como los hombres, una difícil, que supiera disimular las hormonas, controlarlas, que no pensara con la cuca. No sé si Paloma es fea o medio fea, no sé, el caso es que ninguna la miraba.

Una cuarentona se nos acercó, ignoró a mi amiga, me sobó la cabeza y me dijo que le fascinaban y la enloquecían las chicas tusas, rapadas, porque todas, como yo, menos las feas, obvio, tenían un rostro divino como el mío. Me sonrojé. Me encantan de ti, nada más, la cara y el cuerpo, me dijo en piropo, y tu estilo punk con vestido de cristiana, y agregó que por si algo la buscara en la mesa que señaló, donde estaban varias borrachas. Paloma me dijo que aprovechara, que mejor empezar con la experiencia, debutar con la catana, que me decidiera, que patiara a la porra los prejuicios, que besar labios de mujer era delicioso y enviciador, como dejar derretir en la boca un postre de tres leches, que una chupadita, aseguró, era suficiente para sacarme de la cabeza al tarado de Matías y no volver en los momentos de celo, no dijo celo, dijo hambre, a los brazos de Lucas, no dijo brazos... Yo sabía que en unos minutos le haría caso a Paloma, estaba decidida.

Se acabó la media de guaro, sacamos billetes arrugados, hicimos cuentas, separamos la plata del taxi de regreso y pudimos comprar una botella enterita de un aguardiente bogotano, más suave, más aguado pero suficiente o más para el resto de la noche. Cantamos a todo

taco, bailamos, poguiamos, nos metimos en coreografías ridículas que armaban y lideraban las más ebrias de la noche. La fea atrevida que me puso a bailar sin permiso se besaba con otra, sin importarle yo ni los piropos que me había echado. A medida de que yo tomaba más y más y más la fea atrevida se ponía, cosa nunca antes vista, más y más y más y más fea. Esta vez la teoría funcionaba a la inversa.

Paloma me vio alegre y aprovechó y me pidió un besito, solo uno en la boca. Para que comprobés lo del postre de tres leches que te dije, pero yo le dije que no, mil gracias, muy amable, suficiente con el azúcar del trago. Paloma estaba tan borracha como yo, en ese estado en que los amigos se besan porque sí, por impulso y por querer saber lo que se siente besar amigos, por matar el tiempo, en ese estado en que el amigo se muere de curiosidad por conocerle el coso o la cosa al amigo y comprobar que no es un ángel, que así sea amigo tiene de eso y está capacitado para dar placer, en ese estado en que el alcohol le ordena al cerebro intercambiar babas y líquidos con cualquiera, con los amigos si toca, sin ningún prejuicio, en ese estado… En ese estado y todo le dije a Paloma que éramos como hermanitas y le expliqué lo que era el incesto y ella insistió y me dijo que dos mujeres no pueden por cuestiones naturales traer un hijo bobo al mundo. Yo le hablé del mal de conciencia, del arrepentimiento y de la vergüenza que llegan al otro día, le hice un inventario de amistades acabadas por besos, de amigos que se vuelven novios y luego se vuelven enemigos, le hablé sobre el intercambio de babas que es el primer paso para que dos personas se detesten luego… La abracé y ya.

Mientras el abrazo vi entrar al bar a una mujer divina, preciosa, preciosísima. Era una especie de actriz porno de

Titiribí, criolla, exótica, salvaje. Esa era la que yo quería, la mía. Se sentó en la barra, al frente de nosotras, y pidió un trago. Nos miraba mucho. Mucho más a Paloma. Sentí celos. Movía los hielos del vaso con la lengua y yo me derretía abajo y me la imaginaba a ella, a la lengua, en mí, abajo, a la lengua de ella abajo, en mí. Era la mujer más bella del mundo, parecía de revista. Así que intenté llamar su atención. Le hice ojitos, caritas, moví mi lengua en la copa de guaro sin hacer mala cara, me mordí los labios, pero no había caso, seguía mirando a mi amiga. Cuando Paloma la miraba, la mujer más bella del mundo miraba para otro lado, haciéndose la loca.

—Qué tarrao, parece de Hollywood —le dije a Paloma.

—Sí, es bonita —dijo ella, seca.

—¿Solo bonita? No jodás, es un bombón, una rica, un tarrao, y lo peor de todo es que parece que le gustás, te mira hasta la sombra —y le serví un trago.

—Yo la conozco —dijo—, se llama Magdalena, y no perdona fin de semana en este lugar. Es una puta con nombre de virgen. Yo sé por qué te lo digo.

—No importa, presentámela —le pedí.

—Presentátela vos misma, Risa, ¿no estás pues tan lanzadita? Eso sí, te recomiendo que con ella mejor de lejitos, yo sé por qué te lo digo.

Entonces sonó "Satisfaction", una de las que más me gusta de los Rolling, y me paré de una, decidida, me le acerqué y le estiré la mano. ¿Bailamos?, le pregunté, sí, me respondió, ¿cómo te llamás?, le pregunté. Mi amiga sí la conocía, se llamaba Magdalena. Bailamos pegaditas. Le hablé carajadas y ella feliz las escuchaba. Hablaba poco.

—La chica de la mesa, la que está contigo, ¿es tu

pareja? —preguntó.

—Mi mejor amiga —y le miré los pechos redondos, parados.

—Qué alivio —dijo—, me alegra un montón.

Le pregunté por qué le alegraba un montón y me dijo que yo le parecía linda. Sin mentirte, la más linda del bar y de los bares aledaños y del mundo, la más linda de las lindas que he conocido en los últimos cien años de soledad. Uyy, qué piropo, puro realismo mágico, le dije y le di las gracias y también le solté un piropo de lo más original. Nos quedamos mirándonos los labios, pero una canción de Maná se tiró en todo. Me dio un beso en la mejilla, percatándose de que Paloma no viera, y cada una volvió a su lugar. Lo extraño es que desde la barra no me miraba a mí, miraba, no dejaba de mirar a mi amiga. ¡Estas dos tienen algo raro!, sospeché.

—Sí se llama Magdalena, y creo que le gusté —le serví un aguardiente y le agarré la cumbamba, jugándole, pero Paloma parecía enojada, celosa o algo por el estilo.

—No le sigás la corriente a esa cosa, te lo aconsejo, si no te querés pegar una desilusionada —yo mientras tanto bogaba de la botella, necesitaba seguridad, impulso.

—Palo, Magda no es una cosa, es una cosota —le dije—. Y yo no busco amor, solo un piquito.

—Buscate una niña normalita, aquí hay muchas, la cosota no te conviene, tiene su cuento maluco, yo sé por qué te lo digo —dijo, medio enojada, con tono de mamá—. Si estás desesperada por un maldito beso de vieja, dámelo a mí, pero no se lo regalés a eso, te vas a arrepentir.

Le pedí a Paloma que me dijera las cosas claras, que dejara de ser ambigua. No me dijo nunca por qué Magdalena no me convenía. Estas dos tienen su rollo,

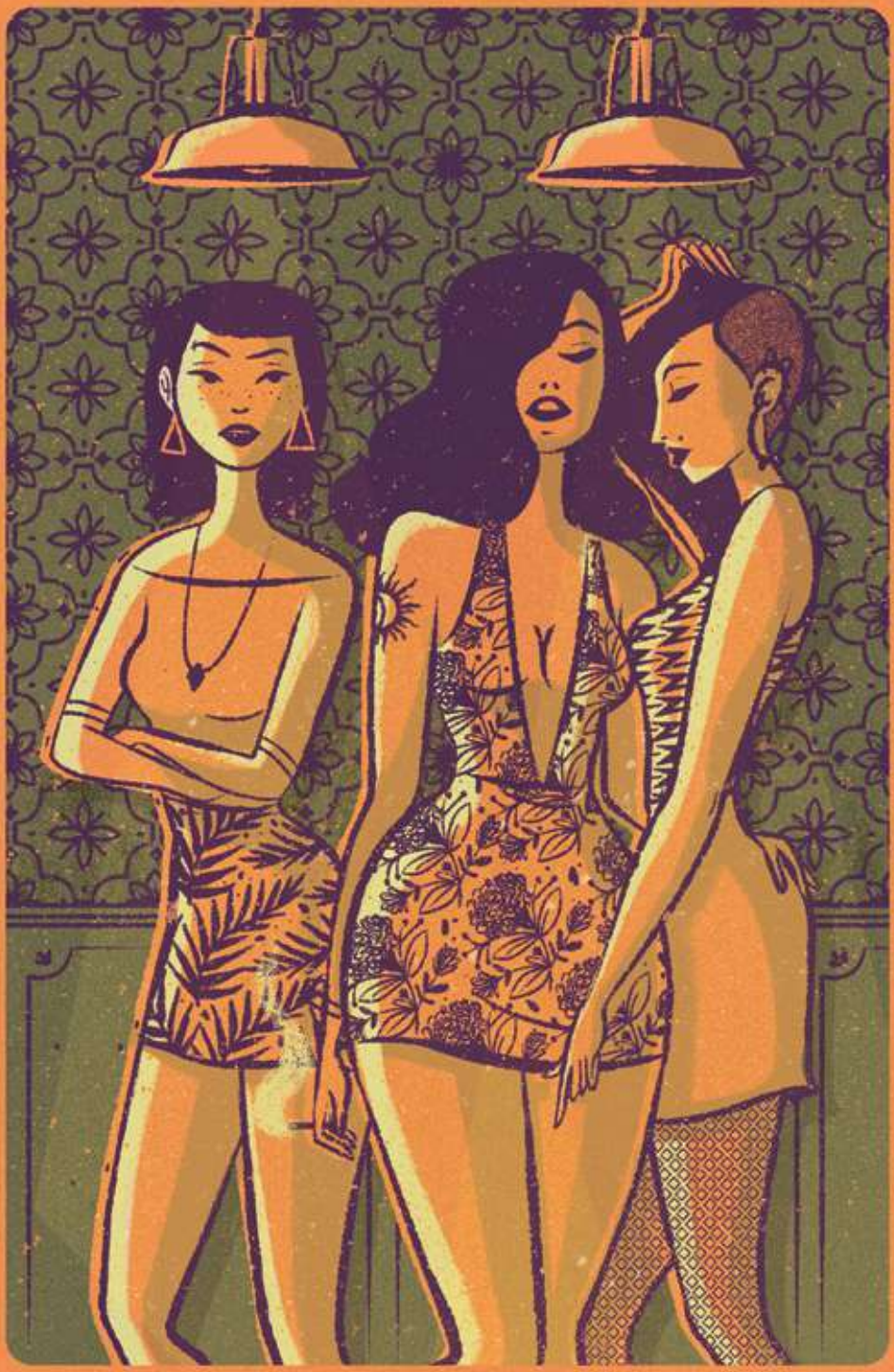
pensé otra vez, parecen novias peliadas. Se miran y se miran y no se saludan.

—¿Ustedes tienen algo, cierto, o tuvieron algo? Yo me alejo, Paloma, si querés me alejo, prefiero la amistad a una buena que mueve rico la lengua —le dije, resignada.

—A mí esa cosa no me gusta ni poquito, gas, y jamás me metería con ella, pero eso sí, Risa, si vos lo hacés te va a ir como un culo. No digo más —sentenció.

Tambaliando fui al baño, pensando que lo más conveniente era alejarme de Magdalena y evitar problemas con mi amiga. Pensando, también, que lo mejor era, quizás, seguir besando muchachos en la calle, acostándome con ellos, escucharles sus niñerías, sus anécdotas futbolísticas, yendo a sus casas a fingir que me gustan sus carritos de colección…, pero en el camino fui viendo curvas y curvas, movimientos estéticos, oliendo hormonas dulces, oyendo vocecitas… y concluí: ¡qué asco los hombres!, siempre tan toscos, guaches, manilargos, chiflados, inflados, infantiles, insensibles, infieles, aburridos, narcisos, sumisos, machistas, ganosos, mentirosos, mujeriegos, seductores, bruscos, violentos, cobardes, cochinos… Entré al baño y no tuve que limpiar la tapa con papel higiénico, me senté tranquila, no olía a mierda. Me paré y mis nalgas secas. Recordé baños de bares *unisex* y me dio un corrientazo, un asquito en las nalgas. ¡Qué horror los hombres!, no tienen puntería, son el peor invento de la historia de la humanidad, pensé. Regresé a la mesa bailando, mirando derrieres, meniando el mío despacito haciendo círculos, brincando, cantando, coquetiando, recibiendo piropos, tambaliando… Llegué a la mesa y ahí estaban las dos charlando muy cerquita.

—Hola, niñas —las saludé, y me bogué un guaro doble, serví otro triple y me lo bogué—. Sigan en lo suyo,



ahora vuelvo, voy a fumarme un pucho afuera.

No me determinaron. En la calle, mientras fumaba e ignoraba al señor de los tintos que me miraba con hambre, me dije que era bobada pretender a Magdalena. Segura, en ese momento, la lengua de los hielos se movía en la boca de mi amiga. Qué falsa, qué falsa Paloma, pensé, que no me dice la verdad y habla mal de su amor para que su amiga no se meta con su amor y habla mal de su amiga a su amor para que su amor no se meta con su amiga y ella pueda quedar bien con su amor y con su amiga y quedarse con su amiga y con su amor, en vez de ser clara. Dios, donde estés (le pedí parafrasiando una frase que había leído en un libro), líbrame de los amigos que yo me encargo de los enemigos. Regresé y Paloma estaba sola, como aburrida o triste o enojada o todas a la vez, y Magdalena estaba en la barra hablando con la catana que antes me había pretendido.

—¿De qué hablaron? —le pregunté para incomodarla.

—Bobadas, de nada, solo vino y me saludó.

—Andá a la barra y hacé respetar a tu hembra, que te la quita la cuarentona —le dije. Ellas se reían, nos miraban y tomaban de un mismo vaso con pitillos.

—Andá vos, Risa, andá estrellate de una vez por todas y calmás las ganas, maricona —dijo, gritándome, y salió a fumar.

Viéndome sola, Magdalena despachó a la vieja y se sentó a mi lado. Hablamos un rato largo y se me insinuó de muchas maneras, yo a ella también. Nos gustábamos y Paloma no podía hacer nada en contra de la química. Los labios quedaron otra vez cerquita, rozándose, pero no nos besamos. Todo porque Paloma no tardaba en aparecerse para arruinarlo todo, para separar nuestras

bocas. Acordamos, entonces, encontrarnos afuera del baño, lejos de mi amiga que está muy rara, que no quiere que me acerque a vos, mamacita, y no sé por qué, ¿por qué?, le pregunté, pero Magdalena no me respondió, solo dijo que listo, que en el baño en un ratico, y me dio un pico al lado de la boca. Me entretuve excitada, ansiosa, mirándole el cabello negro hasta las nalgas, los pechos asomándose por el escote, tan grandes como los que Lucas pagó para mí, los labios carnudos y rojos en forma de corazón, el abdomen liso, las piernas largas cruzadas por fuera de la falda, la cara exótica… Era un manjar, la mamá de mis hijos. Quería besarle los labios, todos los labios, hasta el orgasmo. A la mesa llegó media de tequila. La señorita invita, dijo la mesera, y la señaló. Le tiré un beso agradeciéndole, combiné los dos tragos, le mostré que yo también era capaz de jugar con la lengua y bogué. Paloma llegó.

—Brindemos por la amistad, Palomita de la paz, y por esta fiesta tan bacana a la que me trajiste. Te quiero, amiga, te quiero.

—No mezclo tragos, Risa, además no tomo de ese que mandó esa —señaló a Magdalena—. Te quiere emborrachar para... Vos sabés para...

Le pedí a Paloma que no nos amargáramos la fiesta, le dije que el enrúmbate y derrúmbate no era para nosotras. Pasémosla rico, amiga, riamos hoy porque tal vez mañana nos falte un diente. Magdalena hacía señas desde la barra para que fuera al baño como habíamos acordado. Paloma y yo hablamos de muchas cosas: de la mariguana que me dejó de gustar cuando la legalizaron, del día que mamá me sorprendió con el vibrador en la masa, de mis pechos grandes y chiquitos, de literatura, de cine, de mis ganas de independizarme, de los hombres que me perseguían, de mi

nombre tan feo…, de mil cosas mías y de dos o tres de ella. Sobre todo de hombres.

—No todos son malos —dijo Paloma.

—Pero todos sí son como animalitos —dije yo—. No dejan de rascarse abajo. Imaginate que nosotras nos rascáramos las tetas todo el día y delante de todo el mundo.

—Yo me las rasco, Risa, y esta también me la rasco.

—Sí, obvio, pero disimuladamente. En cambio ellos no saben de disimulo ni escrúpulos. Además no saben bailar, no coordinan, y a eso sumale que son celosos y se quedan sentados mirándolo feo a una cuando sale a bailar, así sea un reguetón.

—Sí, Risa, son celosos en exceso porque son infieles por naturaleza. Las hacen, se las imaginan.

—Y se la pasan todo el día viendo fútbol y películas de bala, y son tacaños: dan un regalo cada año, cualquier chichigua, como si el sexo que les damos no valiera.

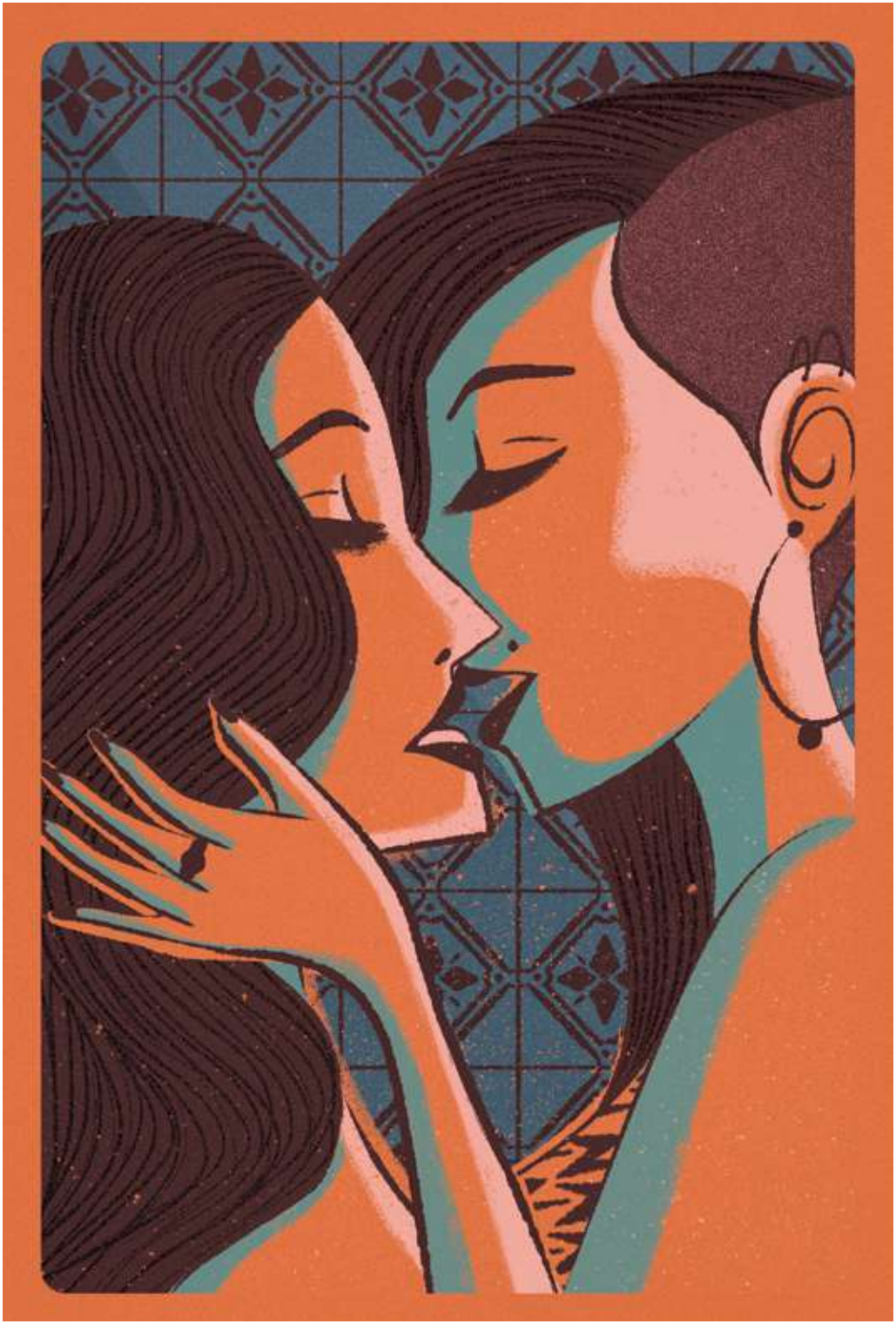
—De acuerdo, Risa, y aparte de todo no saben cocinar, sacan mocos inconscientemente delante de la gente y siempre andan pegados a la familia, no rompen el cordón umbilical.

Magdalena se fue para la pista de baile y brincaba para llamar mi atención, me hacía señas, estaba desesperada. Yo esperaba el momento oportuno para ir al baño, darle un beso de cinco horas y cuadrar una ida urgente a una cama. Paloma y yo bebíamos a la carrera, muertas de la risa hablando de los hombres, en general.

—Además, les gusta darse puños con extraños a cada rato, no saben barrer, trapiar, lavar baños, y cuando lavan los trastes lo hacen mal, los dejan más sucios —dije.

—Algunos nos pegan.

—Juan Correa, mi sicólogo, por ejemplo, cuando salía



le amarraba un pie a la esposa con una cadena, que sujetaba de una columna, que solo estiraba hasta la lavadora, la cocina y el patio, donde estaban la escoba y la trapiadora, y ella le reprochaba dizque porque no alcanzaba a llegar al baño para lavarlo, y le pedía que le diera más libertad, aunque fuera hasta al baño. Increíble. Hay mujeres muy bobas, que se dejan, y que se dejan pegar para que el marido no haga escándalos y despierte a los vecinos.

—Qué dicha un mundo sin hombres y con muchos consoladores. Algún día romperemos las jaulas —dijo Paloma, y brindamos de nuevo.

Magdalena me apuraba, mis hormonas me apuraban, mis ganas me apuraban, no podía dejar pasar la oportunidad más provocativa de mi vida. Necesitaba volármele a mi amiga.

—Qué me decís de esto: mojan la taza —le dije—. A propósito, estoy que me orino. Ya vuelvo.

—Gas. Y los modernos perdieron la habilidad de los hombres clásicos: no saben de plomería ni de electricidad.

—Y hacen concursos de eructos.

—Eso sí, los hombres perfectos no excitan.

—Y roncan como focas. Ya vuelvo —cerré la conversación y me fui para el baño, nerviosa y con muchas ganas.

—Ojo con esa loca que también fue a orinar, qué asco —dijo Paloma, ya más tranquila.

Me metí entre el tumulto buscándola, esquivando manos, bocas que me rozaban, piropos, propuestas indecentes…, bailando, cantando una de Queen que me fascina, aplazando el placer que se venía, poniendo en su lugar a las lanzadas, haciéndoles saber que la mía era la más linda de todas, que no me interesaban y que, si querían, si

no me creían, miraran el beso más beso del mundo afuera del baño, en la entradita, ya, con la más linda de todas, beso de lenguas contra campanitas. Magdalena por ninguna parte. Entonces entré al baño y vi perico, besos, lenguas desesperadas, tangas en las espinillas, bocas más arriba, arribando… y se me agitaron las hormonas, la dopamina, pero Magdalena por ninguna parte. Al lado, encerradas, dos gritaban de placer. ¿Magdalena? Me agaché, jalé con un palito las tangas, las olí, las tiré al agua y vacié. Llegué a la mesa y Paloma tampoco estaba. Las botellas sí, y el vaso lleno en la mesa de Magdalena también. Al rato aparecieron juntas, venían de afuera.

—Nos vamos ya, Risa —me ordenó Paloma.

—¿Para dónde, amiga? ¿Por qué?, si todavía queda mucho trago y mucha noche —le ofrecí un tequila.

—No, nena, se va tu amiga sola, tú te quedas conmigo, preciosa, ¿cierto?, te quedas conmigo —me dijo Magdalena.

En ese momento no sabía qué hacer ni decir: Paloma era mi amiga y Magdalena la mujer más hermosa del planeta, y me debía algo que deseaba con todas las ganas, y quizás me debía algo más. Pensé muy bien antes de responder, pues quería quedar bien con las dos.

—Hagan las paces y vamos a bailar las tres esta canción de los Ramones tan bacana, tan sensual, vamos —me paré, y me caí. No me caí, la borrachera me tumbó.

—Nos vamos ya —repitió Paloma.

—Boba marica, Risa se queda conmigo, entiende, se queda conmigo —dijo Magdalena.

—Marica vos.

—…

—…

Yo, en el piso, con las piernas cruzadas y acostada boca arriba, las veía peliar. La cabeza me daba vueltas y el vómito casi que me tocaba las amígdalas, la campanita, y pensaba, mientras tanto, que lo ideal era que Paloma se fuera para la porra y me dejara hacer lo que necesitaba hacer, lo que me urgía, y soñaba estar así, como estaba, acostada pero sin ropa, sintiendo a la mamasota de Magdalena.

—¿Te vas o te quedás? —me preguntó Paloma—. Esta cosa lo que quiere es aprovecharse de vos porque estás ebria.

—Amiga, yo me quedo.

—El corazón del camarón está en su cabeza —me dijo Paloma. Dos horas después pude entender la frase.

Paloma me miró más feo que todas las veces que me había mirado feo en la noche desde que apareció Magdalena. Luego se le acercó y le dijo algo al oído. Te lo advierto, creo que le dijo, y después me dijo que esa cosa no me convenía, que no era la princesa que yo pensaba. Luego se fue, sin explicarme por qué no me convenía y me iba a arrepentir.

La vi salir y Magdalena me hizo bogar uno triple de aguardiente y uno doble de tequila. Casi me vomito. Me agarró de la mano, fuerte, y me llevó como si fuera su hija para la parte de atrás del bar, a un patio oscuro. En el camino me caí dos veces. Nos sentamos en el lugar más solo y oscuro y ahí empezó todo. Me respiró en el cuello, me lamió las orejas, metió la mano entre mi vestido y me sobó la espalda, me sobó por delante y por detrás, me cerró los ojos con los dedos y me lamió la nariz, la frente, la cumbamba… Yo me dejaba, obvio. Me pasó la lengua por los labios, pero yo no abrí la boca. Quería hacerme desear.

Se levantó la falda y me enseñó las tangas, blanquísimas, que resaltaban con la luz de neón, miniaturas.

—¿Vamos para mi apartamento, vamos, vamos pues? —preguntó, medio ordenando.

No le respondí, pero me moría de ganas. A pesar de mi rasca advertí que Magdalena era muy lanzada: sin darme un beso, sin saber qué música me gustaba, dónde vivía, cuántos años tenía, qué estudiaba, cuál era mi color favorito, mi signo zodiacal, mi tipo de sangre, si tenía pareja… me estaba proponiendo, indirectamente, sexo, sexo, porque nadie invita a nadie a su casa cuando la fiesta está más buena. Yo me quedé sin palabras, cavilando, y ella se quedó mirándome a los ojos y ahí fue el beso que había esperado toda la noche. Delicioso. Sus labios eran suaves y sus babas dulces. Paramos, abrí los ojos y me pareció ver a Paloma espiándome detrás de un adorno del bar, pero no, me dije, lo que pasa es que estoy muy borracha, me la imaginé, paranoia es lo que tengo.

—Te amo —le dije, no sé por qué, se me salió.

—Yo no te amo, mi amor, pero me gustas un resto —me pareció que dijo—. Vamos para mi apartamento y lo hacemos, bien rico.

No le respondí, no estaba decidida así lo deseara tremendamente, y entonces Magdalena me lo empezó a hacer en el bar. Yo me dejé, obvio. Me dijo que la excitaba muchísimo mi humedad y se chupaba los dedos, mi humedad. Yo gritaba suavecito. Otras parejas al lado hacían lo mismo. Algunas, cosas más atrevidas, más extremas. Yo era más tímida, más miedosa, por eso solo alcancé a sentirle los pelitos que comenzaban a crecerle debajo de las tanguitas. Cuando vi caminar una sombra saqué mi mano veloz. Magdalena me hacía tomar muy seguido y el trago

me daba las fuerzas para decirle que la amaba y que sus besos eran suaves y bonitos, a diferencia de los besos de los hombres, carrasposos, rudos, que mientras besan solo piensan en comérsela a una.

—Vamos para mi apartamento, yo te enseño lo que es rico —me dijo, y me ayudó a levantar.

En la barra del bar me hizo bogar cervezas, cocteles, ron. Magdalena no tomaba, pero sí tiraba perico. Me tranquilizaba estar con ella, porque estaba sobria y me podía cuidar. De nuevo me pareció ver a Paloma detrás de una columna, cerca a los baños, pero no, estás alucinando, me dijo Magdalena, y me sacó casi que a la fuerza. Los labios me sabían a sangre y abajo me estaba derritiendo.

Salimos del bar y ahí estaba Paloma, sentada en el piso, al lado del señor de los tintos. No me importó y le zampé un besote a Magdalena. Paloma me dijo, con una seña, vámonos, ya la cagaste, no la acabés de cagar. Yo la ignoré. Me había abandonado en la fiesta y justo cuando venía lo mejor se iba a tirar en todo. Me caí. No fui capaz de levantarme. Parecía una tortuga al revés. Paloma, entonces, corrió a ayudarme, puso mi brazo en su hombro y luego le puso la mano a un taxi ocupado.

—Vamos para la casa ya, Risa, estás en la mera chanda —me dijo.

—Voy para el apartamento de Magdalena, y esto no se discute —le dije.

—Esa cosa lo que quiere es comerte —aseguró.

—Y yo a ella —farfullé—. Dejame en paz, o… ¿querés un trío?

Me dijo que la respetara y me repitió que me iba a arrepentir. En esas apareció Magdalena, con media de aguardiente en la mano. La destapó y me dio un trago.

—Ella se queda conmigo —le dijo a Paloma, me abrazó y medio la empujó.

—Asquerosa, ¿me vas a pegar o qué? —la gente miraba el espectáculo.

—Yo no le pego a las mujeres. Vamos, mi amor —me agarró de la mano y nos fuimos. Paloma se quedó furiosa, insultándola, advirtiéndome.

—Un amor conocerte, placer de mi vida —le dije a Magdalena mientras caminábamos. Pensé: ilusionándonos con desconocidos y desilusionándonos de los conocidos.

El apartamento de Magdalena quedaba cerca, a diez cuadras más o menos, me dijo. Yo la quería como novia, así que en el camino empecé a contarle sobre mis gustos para que ella dejara la timidez y me contara sobre los suyos. Casi no le conocía la voz. Le hablé de los poetas malditos, de Andrés Caicedo, Jattin, Darío Lemos, Samudio, de mi primer libro de cuentos que con toda seguridad se ganaría un concurso literario y con esa platica me podría independizar como ella, aunque fuera por seis meses, o me iría a cumplir el sueño de conocer Cuba, La Habana, antes de que muriera Fidel. Le hablé de *Antes que anochezca* de Arenas, de Lezama, de la Revolución, de Martí, de Silvio y Milanés, de comunismo, existencialismo, metafísica, marxismo, feminismo, de Nina Simone, *Édith Piaf, Janis Joplin, Nirvana, Bajotierra, Los perros mojados, de todo lo que me gustaba y me hacía ver más interesante. Magdalena fingía que le importaba, que le interesaba lo que yo decía. No paraba de darme aguardiente*.

—¿Y a vos qué te gusta? —le pregunté para que hablara y no se aburriera.

—¿A mí? A mí me encantan la voz y las poesías de las canciones de Jhonny Rivera, me llegan al alma —

respondió—. Ahorita lo escuchamos en el apartamento. Y los libros de Coelho y Walter Riso, por supuesto. Y *Juventud en éxtasis* y *Cien años de soledad* de Karoll Márquez.

Su respuesta fue suficiente para dejar de hablarle de lo que me gustaba. Éramos muy diferentes. Entonces la besé, para callarla. Su belleza le perdonaba sus gustos. Magdalena era tan sexy que no necesitaba pensar. En una manga nos fuimos al piso y nos reímos y nos seguimos besando. Encendió un mariguano y me hizo fumar a la fuerza. También me ofreció una pastillita azul dizque para la felicidad, que fingí tomarme. Metió una mano entre mis tangas y me hizo rico. Seguimos caminando. Yo sentía que me iba por un precipicio, que el piso me bailaba y la cabeza.

—¿En tu apartamento me puedo bañar? —le pregunté—. Para bajar la prenda y recuperar fuerzas.

—Sí, pero conmigo.

Metió las manos entre sus tangas y me dio a probar su lubricación. Le repetí que la amaba, que estaba ilusionada con ella. Se arrodilló. Me quitó las tangas. Se quitó las suyas. Las intercambiamos. Me la quería devorar ya, esos jueguitos me excitaban. Luego nos las quitamos de nuevo y las olimos. Un celador pitaba. Delante de él le besé los pechos. El camino a su apartamento era una cama, un motel, el más caliente de los caminos. Acabé la media de aguardiente.

—Estamos cerca —dijo—, pero déjame un segundo.

Se arrodilló y me lamió el ombligo. Subió mi vestido. Le ayudé a sostenerlo y ella bajó. Su lengua en mis labios se sentía más suave que en los que ella ya había besado. Me voltió y pasó la lengua por la cara del Che y el chulito de Nike que tengo tatuados en las nalgas. Eres

una revolucionaria, me dijo, me encanta tu cola, y siguió. Muchachas, ¿les ayudo?, gritó el celador, yo pongo el pito. Me desconcentré y me fui para atrás. Magdalena no dejó que el celador me ayudara a parar y hasta lo insultó por metido, por pervertido. Le dijo que si se acercaba le quitaba el bolillo y él ya sabía por dónde se lo metía.

—Yo quiero hacerte abajo a vos, me antojaste, al lado de ese árbol —le dije.

—En mi apartamento, ya vamos a llegar —me dijo.

—En el árbol —le dije.

—En la bañera —me dijo.

No le hice caso. La llevé al árbol. Me arrodillé. Dio la espalda y se levantó la falda. Le hice cosas que había visto en una película. Le lamí las nalgas, también. Las separé. Jugué con la lengua. Magdalena giró, excitada.

—¿Te gusta? —preguntó.

Yo quedé boquiabierta y en el momento me dieron ganas de vomitar. Magdalena aprovechó mi silencio y me dijo que a Paloma le había gustado, entonces me acordé de ella y se me quitaron las náuseas y la insulté en voz baja, solo para mis oídos. No podía creer que Paloma, mi mejor amiga, no me hubiera contado nada, se hubiera guardado el secreto. La muy zunga de Paloma debió contarme.

—Hazme, tú lo querías —dijo—. Lo que tuve con ella no fue nada serio, te lo aseguro, pensé que ella te lo había contado. Risa, no te pongas celosa, por favor.

Yo no le respondí nada. Me quedé mirando una piedra y le hablé mentalmente, como si fuera Paloma, le reclamé, le dije traidora, mala amiga, le reproché y la insulté de nuevo por no contármelo todo. Sus palabras nunca fueron claras. Subí la mirada.

—¡Chupa! —me dijo—. ¿O en la bañera?

—Chupá vos —le dije, y le pegué un puño con todas mis fuerzas.

Por la calle ningún taxi. La traba y la borrachera se me habían pasado de un totazo y podía caminar hasta la casa. Magdalena, en el piso, se revolcaba, se quejaba, gritaba, no se podía parar. El celador, asustado, dejó de mirarnos y de hacerse allá abajo, en el pito, escondido detrás de un carro. Mejor sola que mal enamorada, me dije, y me fui, sintiéndome engañada, burlada, abusada. Me consolaba el puño a lo Mike Tyson que le di. Lo tenía más que merecido. Me quité las tangas y las boté. Me producían asco. Quise devolverme y romperle la cara, pero no, para qué, era suficiente con el golpe que le había dado a Magdalena en los testículos. Casi se los exploto, sin exagerar. "Soy lesbiano, Risa, por favor no te vayas, soy lesbiano", la escuché gritar a lo lejos, luego cayó noquiada.

5-01
BRISAS
PAPELERIA

¿La dicha?
Ese instrumento jamás lo he tocado.
Acaso un arpa triste,
acaso un bandoneón,
acaso una esperanza.
Jairo Carrasquilla Tobón

*Cuento perteneciente al libro *Buenos muchachos* (Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2011. Mención de honor en el VI Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander).

ILUSTRACIONES ////
//// ALEJANDRO MESA

Cuando me acuerdo de ese día me da una tristecita, qué digo, me da es una tristezota gigante, pero a la vez siento un descanso porque todo ya pasó, una alegría rara. Es algo similar a sentirse enfermo: calor y frío a la vez. Cuando me acuerdo de ese sábado subiendo las escaleras y empelotándome y tirándome en esas sábanas blancas, cuando me acuerdo de esos pechos como montañas en mi cara y de esas nalgas paradas mirándome…, cuando me >

acuerdo de los días antes de ese, de todo lo que hice, de esa noche del sábado me agarra una melancolía, un dolorcito en el pecho. Es que eso no me pasa sino a mí, a quién más, pero no importa, tiene más reversa un avión volando. Así lo quiso Dios: Él me mandó a la Victoria, las tristezas y las alegrías.

¿Vos has visto alguna vez a Marilyn en fotos o en televisión? Me imagino que sí, yo nunca, pero todos por acá decían que la Victoria era igualitica a ella, que tenía las mismas nalgas, los mismos labios rojos y carnudos, los mismos pechitos de quinceañera, la misma nariz de suiche, la piel blanquita y un ombligo de lo más pulido para tomarse ahí un guaro. Pero le apuesto lo que sea a que esa actriz de Hollywood no miraba como la Victoria; es que lo enfocaba a uno queriéndoselo comer, sí, no le miento, siempre ganaba mirando y a uno le tocaba bajar los ojos regañado o voltiarse y hacerse el pendejo. ¿Vos has probado el madroño? ¡Es delicioso! ¿Y has mirado bien las pepas de adentro? Así eran los ojos de ella, todos grandotes y de lo más bacanos, todos mirones y saltones, todos bonitos igual que sus piernas. Andaba como de mentiritas, medio brincando, medio bailando, y movía las nalgas toda sensual como esas modelos que muestran en la televisión, esas que parecen hechas con varita mágica y no con pipí, movía los hombros y también meniaba la cintura, y cuando el viento soplaba fuerte esos crespos se le alborotaban y se le iban para la cara.

Un día… Cuando me acuerdo me dan unas cosquillitas en la barriga, adentro como si fueran lombrices, así como lo que les da a los enamorados. Un día se vino derechito y me miró de frente y me dijo: "Hola muchacho, ¿cómo estás?, mucho susto, perdón, mucho gusto, me llamo

Victoria, Victoria Santamaría Toro, de los Santamaría de Andes y de los Toro de lidia". Y yo quedé boquiabierto, por poco se me salen las babas, y la cara se me puso roja y, casi gaguiando, le dije: "Uyyyy, Santamaría bendita, el susto es mío, me llamoooo, me llamooooo, me podés decir Mono, así a secas, Mono". Y se rió. Me compró un jugo de naranja y se lo tomó a la lata, parecía apostando carreras; la invité a otro. "Este corre por mi cuenta, yo, el patrón, invita, preciosa", y me marcó de una, se quedó medio atembada mirándome de los zapatos a la cachucha, y aproveché y le lancé otro piropo de lo más original y soltó la carcajada: "No me hagás reír más, Mono, que me despeino". Me pagó el jugo y se fue. Desde ese día se me metió en la cabeza y me empezaron a rascar las mariposas en la barriga, me obsesioné por ella.

Todos los días pienso en la Victoria, estas muchachas me la recuerdan, estas calles… Cuando alguien habla de ella, cuando veo un pelo crespo se me viene a la cabeza y también me acuerdo de ese sábado y, aunque no me gusta, les cuento a todos lo que pasó, y me alargo diciéndoles las cosas que se me ocurren en el momento, todas, y no invento ni un pelo.

Cuando llegó por acá a la Veracruz todos la miraban y le coquetiaban y la invitaban a almuerzo y a pendejaditas, le prometían el cielo, los que tenían billete le daban cadenas y anillos y ropa, y a mí me daba una rabiecita y celos y un montón de cosas raras porque ella les recibía todo y porque yo no le podía ofrecer nada, solo le podía dar un jugo de los míos y sacarle una risita con mis piropos, nada más, y eso no la enamoraba tanto como una cadenita platiada. "Papacito, lo de siempre", y yo empezaba a exprimir naranjas y a pensar: "Me dijo papacito, le gusto, yo sé que le

gusto, cuando a uno le dicen papacito es por algo, papacito, papacito, papacito". Y se me salía la felicidad y casi gritaba, casi me ponía a bailar en una pata, casi me le tiro a darle un pico bien dado, pero me quedaba quieto igual que un árbol, igual que un árbol feliz y dichoso hasta que se iba despacio y se paraba en La Cascada, decía su precio y luego se metía derechito a Brisas. Y yo aquí exprima naranjas con rabia y venda jugos y mire que mire para la pensión, muriéndome por dentro y haciéndome el que nada le importa y esos celos alborotados mordiéndome.

Un día me senté con ella ahí en toda la pileta de la iglesia y me le declaré, le dije que era un tarrao, que me fascinaba. "Vos me encantás, Victoria, parame bolas, por favor, que yo soy buen novio, que soy más fiel que un pincher, no abandono ni pego". Y, adivine qué, adivine. Me dijo que yo le parecía un mono de lo más lindo, de lo más pintoso y todo, que yo una y mil cosas, que yo una y mil otras, que yo también era un tarrao pero que no, que yo era su amigo, que no y que no, que no creía en los hombres y sí en los amigos. "Monito, no se enamore que eso es más peligroso que una piscina con tiburones, pase bien rico y pique por aquí y por allá como los pajaritos y trabaje mucho y luego se casa con una buena mujer". Y a mí me fue dando una rabiecita, dizque hablándome de tiburones y pajaritos y yo dándole mi corazón. ¿Vos has visto cuando a alguien le arrebatan el bolso? Igual reaccioné yo, haga de cuenta, no sabía si salir corriendo, si gritar, si pedir auxilio o echarme a llorar ahí en todas las piernas de la Victoria. "Y sabe qué, Mono, el amor es plata, precioso, no lo tome a mal pero el amor es eso y ya, y usted se mantiene pelado, líchigo, tirado, en la inmunda, sin fondos, Mono, tiene más fondos un desplazado". Y me puse rojo como un tomate y… ¿Sabés

qué es una retahíla? Yo menos, pero fui soltando algo así: sinoquerésnadaconmigoentoncesparaquémematáselojopara quémecoquetiásparaquémedecístarraoypapacitosiloque querésesplatayotecompro, y le pregunté de una, primero respiré porque estaba medio ahogado y después le pregunté que cuánto, "Cuánto, cuánto, cuánto cobrás". Tres veces le pregunté y de una me arrepentí; pensé que se iba a poner triste, que me iba a decir que se había decepcionado, que yo no era lo que ella pensaba, que era igualito a todos los hombres… "No tenés ni para comprarme un beso, Mono", me dijo, y se me calentó la cabeza. "Esto es un reto, Victoria, cuando yo quiera me acuesto con vos, cuando yo quiera, sos más fácil que la tabla del uno", y desde eso acostarme con la Victoria se me volvió una obsesión. ¡Es que uno retado hace unas cosas!

Me desvelé esa noche pensando cómo me iba a conseguir los veinte mil, no tenía forma, la plata de los jugos no me alcanzaba sino para darle a mi mamá, surtir el negocio y para otras bobaítas ahí, me desvelé pensando en lo bueno que sería besarle todo el cuerpo y sentirla mía, tocarle las nalguitas y por ahí también, me desvelé acordándome de esa mano metiéndose por dentro de la falda, por entre las tanguitas mientras ella subía las escaleras esa tarde y yo exprimía naranjas con odio.

¿Vos has matado a un ratoncito? Yo sí, es una cosa toda rara: uno lo ve y lo quiere destripar, pero a la vez uno lo ve tan indefenso y chiquito que le provoca sobarlo y dejarlo de mascota. ¿Me entiende? Así me sentía yo, quería humillar a la Victoria por las cosas que me dijo, pero también quería que fuera mi mujer porque el amor mata todo lo demás; por eso empecé a ahorrar para poderme mandar a la Victoria.

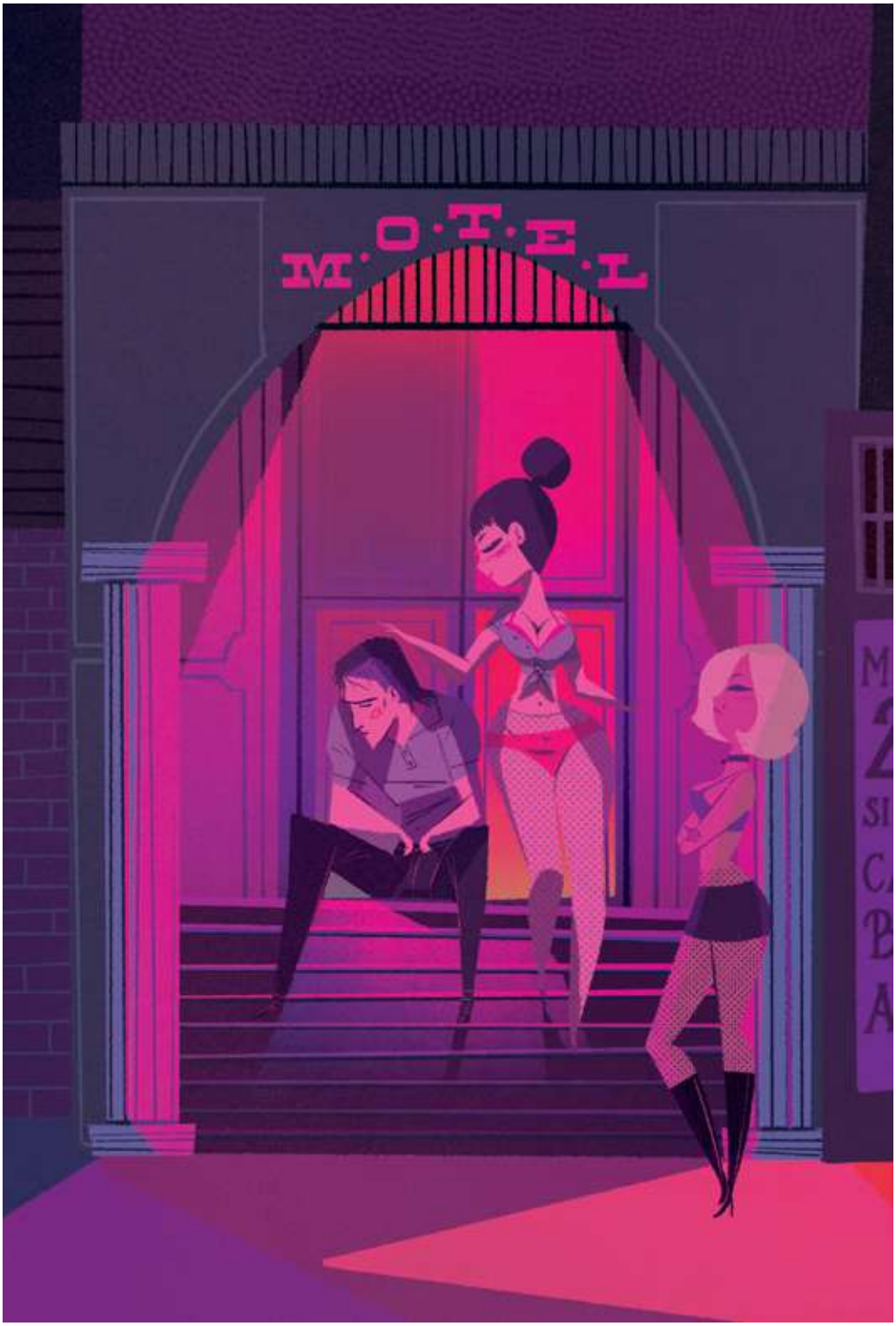
Yo sabía que con la plata en la mano todo se hacía más fácil: uno le pagaba los veinte, le decía palabras bonitas en el oído, le pedía disculpas y luego le hacía maromas en ese cuerpo para que quedara rendidita a mis pies, y luego ella, segurito, le devolvía a uno la plata y hasta se ennoviaba con uno. Siempre pensaba que todo iba a salir muy bien, yo toda la vida he sido positivo, por eso ahorré y ahorré y cuando recogí todita la plata, era viernes, sí, era viernes en la tarde, cerré el chuzo y me fui para la casa a dormir para amanecer con energías, mejor que una maquinita. No le miento, pero nunca había sufrido tanto como sufrí para conseguirme esa plata; uno por amor hace lo que sea.

Empecé levantándome más temprano. Me bajaba a pie de la casa hasta acá, sí, desde la mismísima porra me venía andando, desde la mismísima Villa Hermosa para ahorrarme el pasaje. Todo cansado en la noche me subía a pie por esas lomas y metía la plata en la alcancía. Recatiaba el precio de las naranjas en La Minorista para sacarles cualquier chichigua y vendía más caro el jugo, menos a la Victoria, a ella se lo dejaba al precio de siempre para que no pensara que estaba recogiendo más plata para poderme acostar con ella. Hice de todo, porque uno retado y enamorado hace de todo: guardaba y guardaba cualquier monedita, hasta tuve que trabajar hasta tarde en la noche, dejar de estrenar, imagínese que no compré ni un par de medias ni calzoncillos ni me motilé las greñas en ese tiempo, parecía un loco todo reblujado, pero eso no importaba, todo lo estaba haciendo por la Victoria. "Los peluqueros también comen, Mono", y yo por dentro pensando: "El que va a comer soy yo, espere y verá que tenga los veinte, espere y verá", y le servía el jugo y eche las monedas al bolsillo y mírela irse para la pensión y sueñe

que sueñe con ese cuerpazo, con un besito y hágale caritas y exprima naranjas y exprima y aguante antojos y camine y sude y sufra, imagínese que hasta le di menos plata a mi mamá y le inventé un robo, hasta hice mandados por ahí, pero cuando conseguí los veinte me sentí el hombre más feliz del mundo; es que cuando uno consigue lo que quiere no le importa cómo lo hizo, la felicidad no deja pensar.

El sábado me corté las uñas, me bañé con Jabón Rey, me eché Menticol en la cara, me puse la mejor pinta y me fui para donde la Victoria en bus para no llegar sudado ni cacheticolorado; en el camino me pregunté de todo: "¿Y si no está? ¿Y si no quiere? ¿Y si no me responde este?". Pero yo ese día no estaba para pensar bobadas, todo iba a salir bien. Me contenté pensando en que ella me quería y se estaba haciendo la fuerte y la indiferente y que ese sería el mejor día de mi vida.

Cuando llegué no la vi por ningún lado y la esperé más o menos dos horas parado al frente de Brisas. Me imaginé que estaba con cualquiera y me dieron unos celos tremendos, pero yo sabía que no me podía ir sin acostarme con ella así me tocara sudada de otro. Clara se me acercó y me preguntó qué estaba esperando, yo no le dije nada, luego me contó que la Victoria se había ido con ese señor gordote que la pretendía, que se la había llevado a vivir con él a una casa por el sur, y entendí que los ricos por tontos que sean nunca dejan de agradar, y me entró una rabia muy grande, como si tuviera el diablo adentro. Me quise desquitar y me metí a la pensión con la primera que vi y le di los veinte mil pesos más sufridos de mi vida. Vistiéndome pensé cómo estaría de feliz la Victoria estrenando vida, marido, casa, ropa, sin amor, sin mí. Bajé las escaleras mirando para el piso, desconsolado. Cuando levanté la mirada la vi ahí, en toda la entrada de Brisas esperando a un nuevo cliente.


M·O·T·E·L

*Cuento perteneciente al libro *Una codorniz para la quinceañera y otros absurdos* (Pulso y Letra Editores, Medellín, 2014. Finalista en el Premio Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Central, Bogotá; luego ganador de la III Convocatoria de Estímulos al Talento Creativo de la Gobernación de Antioquia, Modalidad Cuento).

ILUSTRACIONES ////
//// RICARDO CORREA [ZOKOS]

Quiero aclarar que no estoy loco, solo me gusta la carne, mucho me gusta la carne, y más me gusta calientica y en movimiento, viva, ¿me entiende, señor? Ante la carne no me puedo controlar. Por eso, ese día, el día de mi cumpleaños, cuando fui a conocer la nueva casa de papá y su novia y su nueva hijita, que es muy bonita, pasó lo que pasó. Treinta y cuatro cumplidos, señor, esos son mis años. Pero no estoy loco, le aclaro otra vez, no estoy >

loco, como usted lo puede ver. Eso sí, reconozco que soy algo extraño, eso dice la gente, los desconocidos de siempre dicen que soy algo raro, pero nada más. Si quiere, señor, les puede preguntar a las personas que me conocen cómo soy y le dirán, seguro, que no estoy loco ni enfermo, solo que soy distinto. Le dirán que no entiendo muchas cosas y que por eso jamás fui a la escuela. Le dirán que nunca salgo a la calle. La gente le dirá que me quiere mucho, que soy tierno. Pregúnteles, si quiere, a los muchachos del camión de la basura que van todos los días al negocio de papá cómo soy yo y le dirán que soy bueno, que me quieren, que les doy risa… Por eso, señor, no entiendo por qué me van a encerrar.

Ese día saludé a papá, le di un beso y me senté a esperarlo mientras él, en la cocina, preparaba una carne gigante de regalo para mí. El olor se me metía por la nariz, por los poros, y me impacienté, me llené de desespero. La hijita gateaba por la sala y jugaba con el perrito o, mejor, lo perseguía. El perrito es el más pequeño que he visto en la vida, era como esta mano, así, ¿me entiende? La hijita me miraba mucho y me sonreía. Yo no le prestaba mucha atención, solo le hacía caritas y muecas de vez en cuando porque todo yo estaba pendiente de ese olor y de que papá llegara de atrás con mi carne grande y roja y casi cruda, como me encanta. Por eso, señor, no entiendo lo malo que hice; todo tiene una explicación. Sin ese olor, nada hubiera pasado. Es que, entiéndame, las frutas y las verduras no me gustan porque saben mal, a tierra, y, además, tienen gusanos y otros bichos invisibles que nacen con ellas. Las frutas son dulzonas o ácidas o agrias y no llenan, en cambio la carne sí. Entonces, ¿para qué papá me iba a dar frutas si él sabe que lo que a mí me gusta es la carne? Así que el olor

a carne, a sangre, se regó por toda la casa de papá y yo me desesperé. ¿Culpa de papá?, no, señor, solo que las cosas pasaron. Desde la cocina papá gritó que en treinta minutos estaría lista la comida, que no me impacientara, que se metería a bañar y regresaría con el platote. ¿Cómo?, sí, señor, en esa espera pasó todo. Pero entiéndame, por favor.

Es que, déjeme contarle, desde muy niño como carne. Me gusta cruda, muy cruda, y que escurra sangre cuando la muerdo. No me gustan el arroz ni los espaguetis ni las sopas ni ninguna de esas cosas que come la gente, pero desde que vivo con mamá solo como de eso, nunca carne, y, por eso, por las ganas guardadas que tenía, aproveché ese día en casa de papá. Fue mi regalo de cumpleaños, yo me lo di. Aunque, le confieso, no creí nunca que fuera capaz de hacer lo que hice. Para eso se necesitan agallas. Es que, sepa usted, señor, cuando ellos se separaron se me acabó la vida, me volví triste, todo empeoró. Con mamá no vivo bien. Me mantengo encerrado en la pieza y no hay solar como en la casa de antes para tirarles arroz a los pájaros para que se me acerquen y agarrarlos, y usted sabe. En la finca de las tías, al principio, como los árboles no dejaban ver el bosque, hacía eso al escondido y luego enterraba los huesitos y me limpiaba la boca, como si nada. Solo me veían los micos que se descolgaban de los árboles, pero ellos guardaban el secreto. Cuando regresaba del paseo por el bosque me servían el almuerzo y, aunque estuviera lleno, me comía la carne entera, porque es irresistible, y dejaba lo otro. No, señor, pues cómo, la carne del almuerzo no sabe igual, pero al fin y al cabo es carne, aunque la viva sepa mejor. No, no, no, no estoy loco, señor, soy distinto.

Déjeme, primero, le cuento esto otro, cómo empezó lo mío, y luego le cuento por qué hice lo que hice el día

de mi cumpleaños. Gracias. Cuando papá y mamá vivían juntos yo era feliz. Me la pasaba ayudándole a papá en el negocio. Lo ayudaba a bajar todo lo que llegaba en los camiones, a separar el papel del cartón, del plástico, apartaba la basura, todo, pesaba el hierro, el metal, y era feliz. Y fue allí, en el negocio de papá, luego de muchos años, que descubrieron que yo hacía eso. Es que yo me escondía cuando agarraba uno y me lo comía vivo, con cola y todo. No me los tragaba enteros, no, me los iba comiendo despacio, disfrutándolos, saboreándolos, y los huesitos salían disparados por las ventanas, algunas veces los dejaba por ahí, en el piso, en cualquier parte. A los trabajadores y a papá lo de los huesitos los puso a pensar, pero qué se iban a imaginar lo que pasaba. Sí, señor, eso pasó, todos creían que eso lo hacía un animal. Suponían que quizás un gato, pero los gatos no comen ratones, les da fastidio, solo juegan brusco con ellos hasta que los matan porque los gatos no saben de delicadeza. Los gatos se las dan de bravos pero son miedosos y mimados como los perros, le tienen miedo a todo, hasta a las ratas y ratones, ¿me entiende?

Bueno, señor, no me voy por las ramas entonces. Ese día la hijita de papá, gateando, por fin pudo agarrar al perrito, que es el más pequeño que he visto en la vida, y, como si yo fuera su amigo, como si conociera mis gustos, mi hambre de ese momento, mis meses sin carne, me lo ofreció. Llegó hasta la silla donde yo estaba y me lo acercó con sus manitos, él pataleaba, y cuando se lo recibí, se rió durísimo, tanto que papá escuchó desde el baño y gritó algo que no entendí. Con el perrito en las manos, me fui para atrás y me escondí debajo del lavadero. Al momento llegó gateando y se me sentó al lado, cómplice. Yo la sobé. Pensé que no era bueno que ella viera y, antes de todo, le

hablé pegado a las orejas largas y también lo sobé a él, lo mimé y le hice cosquillas para que me cogiera confianza, se encariñara conmigo. La hijita de papá estaba feliz, me

quería, yo le parecía gracioso, me miraba mucho la cara y, curiosa, quería tocarla a cada rato y yo me dejaba aunque, le cuento, odio que me miren la cara, que me la toquen, que hablen de ella. Señor, es que todo el mundo me quiere harto, a todo el mundo le caigo en gracia. Por eso, señor, no entiendo por qué estoy acá. Antes, a los ratones que capturaba en el negocio de papá, antes de todo, les hablaba, los sobaba y, luego, cuando se confiaban, cuando al corazón le mermaba la velocidad, ¡chaz! Por eso mis cariños con el perrito, ¿me entiende?, que, le repito, era del tamaño de esta mano.

Sigo contándole mi vida, señor, deme libertad ya que me la van a quitar. Entonces, fui creciendo y me salieron barros y barba, y ya a nadie le importaban los huesitos tirados por ahí, entre el cartón, el papel, el plástico, la basura, los vidrios, las varillas, las botellas… La gente se acostumbra a cualquier cosa. Pero un día, póngale atención a esto, un día cualquiera que yo estaba desesperado porque llevaba más de una semana sin agarrar uno, sin comerlos, cuando al fin lo atrapé, papá me descubrió con él en la boca. Me quería estrellar contra las paredes, no lo podía creer y hasta se puso a llorar. Vomitó sobre la pesa donde se montan las cosas que la gente lleva al negocio y, delante de los trabajadores y de los amigos míos basureros, me cogió a golpes. Luego me puso sicólogo y a los días empezó a pelearse con mamá. Luego se separaron y me obligaron a ir con ella a la casa donde ahora vivimos los dos, donde no hay solar ni patio, donde no hay nada para yo comer. Desde ese momento soy triste, ¿me entiende? Es que

cuando mamá tiene que irse de urgencia, me amarra y se va llorando, o se iba llorando porque ya se acostumbró y yo también. Antes me dejaba en alguna casa de sus amigas que odio, pero ya ninguna me quiere cuidar. Sí, señor, tengo treintaicuatro cumplidos, ya le dije, y cuando tenía veintitantos mi papá me descubrió, pero yo trabajaba con él desde los doce, creo, así que imagínese cuántos me comí en el negocio. ¿Me va entendiendo más, señor?

Ya voy a contarle lo del día de mi cumpleaños, no sea impaciente, señor. Es que cuando papá me descubrió, como le decía, se puso muy triste y no volvió a llevarme al negocio. Yo me enflaquecí mucho, me puse pálido e insignificante, descolorido, porque la comida que mamá me daba no me alimentaba. Antes del cumpleaños estaba igual o más pálido que ese día, ¿me entiende?, parecía un muerto; por eso aproveché en casa de papá, si no me moría por falta de carne. Mamá nunca me da carne y dice que es mi castigo por cochino, ahora menos me dará. ¿Al grano?, bueno, voy al grano. Entonces la hijita de papá me miraba y se reía contenta. Yo le miraba su piel blanquita, suave. Olía delicioso. El perrito estaba medio dormido y yo le apreté el hocico para que no me mordiera ni llorara ni ladrara y de pronto ella se asustara y se pusiera a llorar. Intenté controlarme, no hacerlo, pero los impulsos me empujaban, me obligaban… ¿Vivo?, ¡claro!, igual que con los ratones y pájaros. La carne no sabe igual si no se mueve, si no chapalea, si la sangre no está caliente… Entonces, como le venía diciendo, papá no me volvió a llevar al negocio. Con el tiempo él vio que me estaba muriendo de tristeza en la casa, no pensó que por falta de carne, y me invitó al negocio de nuevo a trabajar con él, pero antes me hizo jurar que no volvería a comer de esas porquerías. Durante muchos años,

antes de que papá me descubriera de nuevo y me expulsara de por vida del negocio, yo me guardaba los huesitos en los bolsillos y después los botaba muy lejos de los ojos de él. Cuando me descubrió, igual que pasó el día de mi cumpleaños, se tapó la boca con la mano, se quedó estático y después me mató a correazos. Mire mi cara, mire cómo me mató esta vez, y los brazos, mire, mire los morados y esas bolas que me salieron, mire mi espalda, mire cómo me mató. ¿La mano? Ya le cuento.

Luego de que me echó del negocio solo veía a papá cuando me recogía donde mamá y me sacaba a andar la ciudad en carro, a veces me llevaba a parques a verme jugar solo, pues no le gusta jugar conmigo porque él cree que jugar es nada más para los niños, eso sí, mientras leía el periódico me vigilaba por si alguna cosa rara me daba por hacer. Desde que vivo con mamá, papá me dice, cuando me saca a pasear, que sea feliz, que no me atolondre, que parezco como si se me hubiera ido el alma, marchito, que estoy muy flaco…, y sí, mire, señor, estoy en los meros huesos y tiemblo mucho, mire, y estoy muy pálido, y yo no era así cuando trabajaba en el negocio y comía carne. Todo pasó por falta de carne, por eso hice lo que hice. No, señor, no me estoy justificando, solo que el hambre me sacó la cordura, me pudo la tentación, el olor me descontroló. Que no, no estoy loco, señor, es más, le confieso que papá, viéndome así de mal, sin alma, para que la recuperara, me empezó a dar pájaros y a veces ratones al escondido de mamá. Mi alma es carnívora, señor, porque cuando me los comía me volvían el color, las fuerzas.

Bueno, señor, yo también estoy cansado. Termino de contarle y usted dirá. Ese día hablé con papá muy poco. Cuando entré me cantó el cumpleaños y me dio un abrazo

y un beso. Recordó puras cosas del pasado: cuando yo tenía trece y sacaba a pasear una cabuya como perro y la gente, tan boba, le hablaba y me preguntaba el nombre y sobaba el vacío y me felicitaba y me sobaba luego a mí. Me habló de los días en el negocio, pero nunca mencionó los ratones… Luego fue a la cocina, gritó y se metió a bañar y yo me escondí con la hijita y el perrito debajo del lavadero. En ese lugar, más tarde, me encontró papá y acá estoy.

Él dice que, por mi culpa, porque yo me lo busqué, necesito ahora sí un sicólogo en serio y, además, encierro, pero yo lo que necesito, por su culpa, es un médico, o si no mire otra vez. Ese día, cuando me abrió la puerta, también me dijo que estaba muy pálido, muy flaco, que me afeitara, que parecía mayor que él… Yo no le dije ni una palabra. Me contó que su nueva novia estaba en el centro comprándome la torta, que no demoraba, pero no la vi nunca. Señor, yo no quiero quedarme acá encerrado, yo no estoy loco ni enfermo ni nada, solo que me gusta la carne, me descontrola.

Sigo. Entonces la hijita de papá me miraba inmóvil, en silencio, mientras yo mordía un muslo del perrito. Hacía caritas y a veces se reía viendo la sangre bajar por mi cuello. Yo me puse de espaldas y seguí en lo mío para que ella no viera nada, no se asustara, no se pusiera triste, pero la hijita de papá dio la vuelta y se me acercó y se me sentó en una pierna. Ahí fue cuando papá comenzó a llamarnos y luego a gritar desesperado. Entonces el animalito se me soltó y salió corriendo, ladrando, cojeando, chillando por toda la casa. Papá gritaba y gritaba más, nos buscaba, hacía alboroto, decía groserías, seguro cuando lo vio sangrando, tiraba cosas, gritaba que si le hacía algo a la nena me mataba… En ese momento me asusté mucho y le tapé la

boca a la chiquilina para que no me delataran sus sollozos, su llanto. Me escondí más adentro del lavadero, me cubrí con un cartón y empecé. Pero a los segundos papá me descubrió y usted ya sabe. Entiéndame. Estaba desesperado, no podía esperar, hambriento, necesitaba carne, carne viva. Perdí el control. Solo fueron unos mordiscos en la mano, nada más, cinco o seis mordisquitos. En la mía, claro, señor, mire, a la nena sería incapaz de tocarla, incapaz, nos corre la misma sangre por las venas.

Para Esnedy

Lo más importante que ocurre es nada, como cuando el perro no ladra.
Sherlock Holmes

*Cuento perteneciente al libro *Yo no maté al perrito y otros cuentos de enemigos* (Editorial Equinoccio, Caracas, 2013; luego reimpreso por Ediciones Escritura Creativa, Colombia, 2014. Libro ganador del Concurso Internacional de Escritura Creativa, Caracas, Venezuela, 2012-2013).

ILUSTRACIONES //// //// ANDRÉS PENAGOS

Mientras el agua cae sobre
tu cuerpo y las manos
como pulpos caminan
sobre él, piensas en lo
que pudo ocurrir hace
cinco minutos en el baño.
Mariana afeitándose
sus partes más íntimas
como lo hace siempre
antes de hacerte el amor,
acariciándose, imaginando;
poniéndose los calzoncitos
más diminutos y atractivos
que tiene, los brasieres
que le levantan el ánimo;
peinándose su cabello >

para que luzca hermoso en la fiesta de la noche, para que todos los ojos la persigan… Te secas, te afeitas, sales. En el reflejo del espejo ves a Mariana más linda que nunca; te mira vestirte: agarras los primeros calzoncillos que encuentras en el clóset, un pantalón cualquiera, una camisa, las medias de ayer, los zapatos…

Piensas que tu decisión no fue la más adecuada: por qué decirle a Mariana que fuera tranquila a la fiesta de sus amigos, los físicos, esos aburridos que hablan mal de ti por tu antipatía, que le regalaron versos y serenatas para enamorarla cuando fue estudiante y no te conocía. Lleva más de una hora arreglándose, se pone el mejor vestido que tiene, ese que deja ver la belleza de sus piernas, se echa casi toda la fragancia, se mira al espejo, se vuelve a mirar y se sonríen, la halaga. Se siente la más bella de las mujeres. Está feliz. Estás celoso. Mientras buscas no sé qué en el cajón de la pieza, te imaginas lo divertida que estará la fiesta de los físicos: Mariana Fernanda hablando, bailando, gritando, cantando toda la noche, sin vos al lado que la cuide de tanto príncipe azul borracho que se acerca para dañar noviazgos, matrimonios que durarían toda la vida.

Te vas para tu fiesta y, aunque la angustia no deja de mortificarte, te tranquiliza un poco saber que en unas cuantas horas Mariana estará desnuda en la cama abrazándote como siempre y diciéndote al oído que te amaba antes de conocerte. Te tranquiliza, también, saber que en la noche de mañana estarán fuera del país cumpliendo el sueño de siempre, lejos de físicos, versos, serenatas y príncipes azules que atenten contra tu felicidad, que alboroten tus celos.

Las plumillas empujan las goticas que chocan contra el vidrio del taxi. Te imaginas que son hombrecitos

diminutos que caen del cielo y son expulsados sin ninguna consideración. A Mariana le parece extraño que pienses cosas así, no que pienses sino que te las creas, y que cada vez que llueve las repitas hasta el cansancio. Pero se ríe de tus tonterías. A veces, cuando está cansada o de mal genio, te hace callar, pero vos seguís imaginando y creyéndotelas, contándolos, compadeciéndolos. Desempañas el vidrio de la ventanilla con tu mano y miras el anillo dorado que te delata, piensas en quitártelo. Le repites la dirección. Estamos cerca, te dice, te mira por el espejo. Mariana te ha dicho muchas veces que necesita libertad, que la monotonía muerde, que sabe de matrimonios acabados por las cadenas y la maldita repetición. Piensas en eso y en si Mariana Fernanda tendrá el anillo puesto, si hablará de vos en su fiesta, si te negará, si te será infiel, si se acordará de vos en la noche… Pagas. Piensas. Te dispersas especulando en cómo los hombrecitos mojarán tu cabeza, tu camisa al bajarte del taxi.

En la mañana tenía la felicidad adentro. Te llevó el desayuno a la cama, te llenó de besos, de palabras bonitas. Vos le respondiste con indiferencia. Piensas, con la inseguridad pendulando en tu cabeza, que tanta atención y cariño son síntomas de que algo malo hará: mientras hablas con tus amigos del viaje de mañana a Francia, del nuevo disco de Pedro Guerra, de la rabia que le tienes a Cervantes por haber matado al Quijote, de las locuras de Charly en su gira por Suramérica, de tus cuentos… Mariana Fernanda Bastos Bastos tendrá los ojos cerrados, la boca muy despierta, la lengua, las manos, las ganas. Que te engañará. Piensas, inventas, cavilas, te atormentas…

Ella, en la mañana, sabiendo de tu inseguridad, de la creatividad de tu mente, de tus películas que en nada

te favorecen, quiso, como pudo, demostrarte lo que le importas. Te tiró con el cojín que colocas debajo de las rodillas para dormir y se rió como loca, te tocó la cara jugándote y te cantó al oído un pedacito de "El marido de la peluquera", como para que no se te olvidara jamás: "Y abrázame fuerte que no pueda respirar, tengo miedo de que un día ya no quiera bailar conmigo nunca más", y salió corriendo a subirle todo el volumen a la grabadora para que soltaras aunque fuera una risa, para que cantaras con ella.

Te bajas. Te organizas las cejas con un poco de saliva y, antes de timbrar, piensas en llamar a Mariana que en este preciso momento camina ligero hasta la estación del tren. No la llamas, tu orgullo no te deja, no quieres mostrarte débil, ella seguro te llamará más tarde. ¿Y si no? Timbras. Tavo te ve desde el balcón y te grita algo que no entiendes, una mujer muy bella se ve allí arriba, no la conoces. En el vagón un muchacho le cede el puesto a tu Mariana. Ya es tarde, las mujeres siempre se retrasan, siempre les falta un poco de labial o maquillaje, siempre hay que esperarlas, nunca están como quieren. Se deben estar preguntando por ella, no demoran en llamarla para preguntarle en dónde estás, Mariana, te estamos esperando. Se baja del tren y los ojos de los hombres como manos intentan meterse entre su vestido, entre sus piernas. Piensa en vos y te imagina pegado de una botella de aguardiente para acostar la timidez que te hace parecer antipático, supone que ya estás cantando canciones de los Rollings, Sex Pistols, The Doors, The Cure, The Clash…, hablando como todo un experto de los libros que algún día leíste, o nunca, pero que sabes de lo que tratan, y todos boquiabiertos de respeto por vos; predicando por qué no existe Dios y afirmando que si existe es su problema… y recitando el poema que nunca falta

cuando tienes alcohol en la cabeza, el que ella te enseñó y repite mientras camina al lugar donde impacientes la esperan:

Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: esta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.

Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca. Pero embriáguense.

Ya está cerca. Se ríe de lo que piensa y te olvida contando los pasos, jugando a no pisar las líneas de las baldosas, a recitar el poema sin que nadie la vea abrir la boca como hablando sola:

¡Es hora de embriagarse!
Para no ser esclavos martirizados del tiempo,
¡embriáguense, embriáguense sin cesar!
De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca.

La muchacha que viste en el balcón te ganó la lucha de miradas y eso merece otro aguardiente, ahora después de otros tantos será distinto, piensas. El licor te vuelve inmune a la crítica, al dolor y a la pena de las cachetadas, te suelta la lengua, te pone gracioso e interesante, además cumple el papel del salón de belleza, del cirujano plástico. Te parece hermosa como antes Mariana, como siempre Mariana para los demás, y piensas nuevamente en quitarte el anillo (ya hay motivos); con este tipo de mujeres estorba, aprieta. La miras disimuladamente, desde el frente, por los espacios que dejan los que bailan en mitad de los dos, y llaman tu atención los collares hippies que abundan en su cuello, el escote de su camisa, los anillos de plástico, su pelo abundante, las manillas por docenas en sus muñecas, las gafas culo de botella… "Esa es la Joplin moderna", piensas,

"la Janis Lyn Joplin de la noche, de la mía".

Mariana camina ligero, está a unos pasos de la casa en fiesta. La música que se sale por las ventanas, por cada orificio de la casa, se mete en sus oídos, en su cerebro, le bailan los pies y olvida el juego de las líneas, el poema, que existes, y se llena de felicidad. Toca la puerta. Piensas en acercártele a la Joplin con un trago y brindar por el amor a primera vista, por el aguardiente, por sus ojos grandes, sus dientes blancos…, decirle lo muy atractiva que es para tus ojos, que no has dejado de mirarla en lo que va de la noche, que te produce curiosidad o algo así. Pero dudas. Te tomas un trago y otro y otro más. A Mariana la abraza uno y otro y otra, a todos los contenta su presencia, incluso a los que no la conocen. Se toma un vino gigante que le arrebata una risa, le produce libertad. Los escucha a todos a la vez, no entiende nada pero asiente. Por eso la quieren tanto, por eso la buscan, por reírse siempre, decirle a todo que sí, escuchar, callar, no contradecir, regalar risas, besos, abrazos… Se toma un vino más, rápido como apostando carreras. Unos ojos verdes, desconocidos y como esmeraldas, la miran, y eso le gusta. A qué mujer no le agrada que la miren y la deseen, que le valoren las horas de pinturas y polvos frente al espejo, que la repasen mientras se hace la que no se entera, la que nada sabe. Después de un buen rato Mariana Fernanda Bastos Bastos lo mira y ríe, como hace un instante, luego de tus coqueteos a distancia, la Joplin a vos. Así sucede siempre, las mujeres saben que tienen el poder sobre los hombres, que con una mirada insignificante ya están ahí, a sus pies; por eso siguen la fórmula infalible: indiferencia, más indiferencia, una sonrisa, una mirada, una risa cómplice y, luego de sacar provecho, adiós. Pero ay de ellas cuando se enamoran. Mariana, por ejemplo, dejó su

especialización para que tuvieras tu comida lista al llegar del trabajo, para que no pensaras que te engañaba con los profesores y amigos, para que el piso brillara y las sábanas olieran a nuevo… A Mariana se le olvidó qué son los amigos y las fiestas, no sabe qué es la calle ni la diversión ni sentarse con una amiga en un centro comercial a conversar, comer un helado o mirar vitrinas… Por eso, porque no soportó el encierro, está allí, en la fiesta que se merecía, en la fiesta donde unos ojos verdes la persiguen, la intimidan y la hacen tomar vino muy seguido.

La Joplin te parece ahora un poco más hermosa; pero bien sabes que todas las mujeres son hermosas después de ocho años viendo a Mariana levantarse todos los días con la cara llena de crema blanca, verde, gris para evitar los barros de la juventud y las arrugas o, antes de acostarse, con pepino y aguacate en la frente y los cachetes como una ensalada. Y piensas en lo que podría pensar Mariana si te quitaras ese anillo, en lo que haría, en la decepción que le causarías. Miras a la muchacha y te lo quitas. Piensas. Te lo pones. Te le acercas.

Las primeras veces hay muchas cosas nuevas por contar, suficientes palabras certeras para enamorar. Te puedes quedar toda la noche hablando de lo bonito de unos ojos, de la atracción que te causa, de la curiosidad que te produce, diciéndole todo lo que quiere escuchar… Hablarle de su música, su cine, su cuerpo, su vida, sus gustos, preguntarle todo lo que quiere responder, necesite gritar, contar… Sí, las primeras veces todo es más fácil, todo deslumbra, pero luego se mueren las palabras, como ahora sucede con Mariana, se gastan, no suenan igual, no dicen lo mismo así sean las mismas. Ahora, en este preciso momento, solo basta que a la Joplin le gusten tus ojos o

tu boca, y que la suban al cielo tus palabras para que se te arregle la noche. Le ríes. Piensas en Mariana Fernanda Bastos Bastos que no te ha llamado, e imaginas que se

porta mal en su fiesta; tu imaginación te da las fuerzas necesarias para sentarte al lado de esa muchacha que te gusta. Le hablas y ya sabes que es muy amable y que de cerquita se ve más linda todavía, que no tiene novio, sabes su nombre y que no lo tienes que recordar nunca más; le encantó que la compararas con Janis Joplin, tomó ese asunto en serio y como un piropo. Te dijo que odia el fútbol y vos tuviste que decir lo mismo, que te parece aburrido. Que cree que las películas son reales y vos le dijiste que te pasa igual. Le endulzaste el oído y eso le agrada, le gusta mucho y quiere saber de vos:

—¿Qué haces?

La pregunta te obliga a contarle que pasas el tiempo en una oficina leyendo cuanta basura te entregan para que pongas los puntos donde deben ir y las comas y las tildes, buscando errores en esas hojas para justificar tu miserable sueldo.

Preguntas y más preguntas. Le mientes, le mientes cuantas veces puedes y sales bien librado. No te importa mentir porque lo único que quieres es lograr tu cometido, qué importa luego que sepa la verdad de las cosas si no la amas, si no te interesa, si ahí está Mariana, si pronto estarás en un avión lejos del país.

—Y… ¿Tienes novia?

Te quedas callado unos segundos porque sabes lo que significa negar a la mujer de tu vida. Piensas en lo que respondería Mariana Fernanda a esa pregunta en este instante al otro lado de la ciudad, y eso te tortura. Te esculca con los ojos de arriba a abajo mientras juega

con los collares; le miras los pechos con disimulo, la ropa interior que se asoma por el bluyín cuando se agacha a coger el trago del piso, la cintura y las piernas y los pechos nuevamente antes de responder; quedas impávido.

—Sí —contestas suavemente como sin querer y coges impulso para enmendar lo que crees fue un error justificable—, pero vamos muy mal, en las últimas. Podría cambiarla, sin duda, por… por…

Sabes que no hay necesidad de completar la frase, todo es intencional. Ella sabe por quién podrías cambiarla, cualquiera lo sabría, sin duda.

—¿Cómo se llama?

Notas algo de interés en sus preguntas. Sabes que en unos minutos te obligará a dejar a Mariana a cambio de un beso, de su cuerpo quizás, pero eso no te preocupa. Por esta noche Mariana no existe, así ella lo quiso, te dices.

—Mariana.

Mariana, Mariana, Mariana… Siempre te gustó ese nombre, sonoro como el mar de Mariana, aunque común como ver el sol, nombre que no luce a mujer fea, solo a las Marianas. La Joplin te pide que la esperes que va al baño, seguro a maquillarse, a arreglarse el pelo, a ponerse linda para vos. La miras por detrás y ahora te gusta más que cuando estaba sentada; las nalgas ayudan mucho. Sigues tomando sin parar, como bien lo supone Mariana, estás en tu mundo y no te imaginas que a Mariana Fernanda, en este preciso momento, la hurgan unos ojos verdes y la pretenden unos labios y una boca que no para de hablar, de preguntarle.

—¿Mariana? Mariana qué. Me encanta ese nombre, aunque un poco menos que la dueña.

—Mariana, a secas, solita.

Mariana, a secas, se deja esculcar la vida, no le importa. Le cuenta que tiene algo más de veinte años de respirar y que desde que se conoce le gusta como canta Gardel y como suena el bandoneón. Como se endemonia Richy con su piano, como siente lo que canta Guerra…; que ama la poesía, ir al cine, a los museos, a los cementerios, al teatro y, de vez en cuando, por qué no, ver *Sábados felices* y *Padres e hijos*, jugar Pacman en el computador y leer los libros malos de David Betancourt...; que es un placer conocerlo, que se parece a alguien pero que no sabe a quién, a un exnovio tal vez, que con quién vino, que sí, realmente son muy verdes. Que la física es aburrida, pero que da la plata que no dan las letras, que esos ojos tan verdes, que si son de verdad, que un brindis por ese vino tinto seco tan rico, por la vida, por la música, por la fila del baño cuando una está que se orina, por este cigarrillo que sabe a gloria, por la nicotina que quiebra el bolsillo de cualquiera, por la lora de Mariana que no para de hablar, que se muere de frío y está que se orina… El muchacho se quita el buzo disimuladamente para que nadie lo vea ser caballero, para que no se lo burlen. Se lo entrega y Mariana se lo pone sin dudar.

—Ya vuelvo, es que estoy que…

—Te espero, pero no se te olvide que sos muy bonita, la más linda de la fiesta, del mundo —le dice, y aunque a Mariana le suena exagerado y cursi, le sonríe y le mata el ojo como acostumbra a hacerlo con todos. Él se ilusiona.

Mientras la Joplin baila con Tavo, te imaginas que Mariana Fernanda Bastos Bastos está desquitándose del encierro en un baño o en una pieza cualquiera con un hombre cualquiera. Construyes la escena y te dan ganas de llamarla para decirle lo que se merece, para que reconozca

su deslealtad, para que te diga de una vez por todas que le gusta ese que te imaginas, que ya no siente nada por vos y que la está pasando muy bien, como antes nunca… Te

torturas creyéndote lo que la imaginación te dice, maldices a Mariana Fernanda y la odias, inventas hombres. Los dibujas grandes, blancos, de ojos claros… como galanes de cine, irresistibles: es que los celos hacen que uno vea a sus rivales gigantescos. Estás decidido a llevarte de la fiesta a la Joplin, quieres hacer con ella lo mismo que Mariana Fernanda está haciendo en este mismo momento, toda la noche, con ese de tu cabeza. La Joplin llega y te mira como diciendo no se aleje mucho, más tarde me darán ganas de que me desvistan.

—¿Me demoré mucho?, es que esa canción dura toda una vida, queda una sin ganas de moverse.

—No podés quedar sin ganas, me quiero mover con vos toda la noche —le dices en código para que imagine, descifre el acertijo—. Yo siendo vos me paraba bolas, porque viéndolo bien vos sin mí no lucís.

—Jajajajaja, me gusta el plan. Y… ¿Dónde vives?

Le respondes que en la luna para sacarle otra risa, se ríe, pero a esta hora, luego de tantas copas y piropos sobran los rodeos. Quieres que sepa de una vez por todas que lo que deseas, en verdad, no es su alma, es su piel.

—Y… ¿En la luna hay cama para dos?

—Sí, hoy la tengo reservada solo para mí y mi acompañante, para nadie más, pero tiene que ser ya, antes de que la ocupen los intrusos. ¿Vamos?

—¿Y Mariana?

—…

—¿Y Mariana?

Mariana no para de hablar con el hombre que la

ha subido al cielo toda la noche, no le cabe la felicidad en el cuerpo. Ahora está en el patio de atrás, donde la luna ilumina los dos ojos verdes que encantan, donde el vino tinto seco sabe exquisito por el frío, y el silencio y la soledad, combinados con todo, despiertan las hormonas, abrigada por el buzo que huele a hombre y un par de brazos fuertes que le gustan. ¿Mariana? Mariana está escuchando palabras que no recriminan ni lastiman ni castigan ni prohíben ni cohíben…

—¿Y Mariana? —insiste.

Piensas, antes de responder, que seguro no está en casa, ya te hubiera llamado para decirte que te espera debajo de las cobijas. Piensas que seguro estará ya en la luna viendo estrellas sin vos pasar tan siquiera un segundo por su cabeza. Miras a la Joplin y ahora sí que está más hermosa que nunca, provocativa… La recorres toda con la mirada, la desnudas, imaginas, imaginas, sabes que es tuya. Pero en la casa no, te dices.

—Mariana nada. Ella no importa, importás vos. Vamos ya, me muero de ganas —le dices mientras ella te mira queriéndote, deseándote, desnudándote, comiéndote. Mete su mano por dentro de tu camisa para excitarte y eso te gusta, te impacienta.

—Me despido y salgo. Te espero en la esquina en cinco minutos.

La Joplin no quiere que las lenguas se alboroten como ríos, es discreta. Le gustas y no le importa acostarse con el muchacho del anillo dorado que la acompañó en la noche, que le dijo lo que quería escuchar. Mientras se despide de los que aún están despiertos te tomas otro aguardiente doble, sabes que todo está dado. Bebes como loco para dormir los pensamientos que tienes de Mariana

Fernanda, para matar el remordimiento, el arrepentimiento, los celos, para tener fuerzas para la noche con la Joplin en la luna. Bebes por Mariana, uno tras otro, cada vaso, copa de licor que tienes a tu alcance, el piso se mueve, el sistema nervioso… Apagas el celular para que Mariana no dañe tus planes y, en el silencio de la noche, cantas en la mente el pedazo de "El marido de la peluquera" que se quedó metido en tu cabeza desde la mañana.

Mariana ahora está debajo de las sábanas. Al lado de la cama los calzoncitos, los brasieres, las medias, los zapatos, el vestido… El mundo le da vueltas y vueltas como un *long play*, pero se siente feliz y no se arrepiente. Vos, sentado en la piedra de la esquina, ahí, al lado de la tristeza, del desconsuelo, ves la salida del sol mientras haces una camiseta con la cajetilla de cigarrillos que te acabaste ahí esperando. Te coges el pelo y te sobas la barba que comienza a salirte, a fastidiarte. Maldices a la Joplin. Miras el cielo, te paras y te vas yendo: dejas la esperanza y te vas con la vergüenza, con las ganas. Le hablas a tu pequeña tragedia, la insultas…, pateas las piedras, te tiemblan las piernas, las manos. El taxi y tu cabeza rebotando contra la ventana. Llegas a casa y ves a Mariana Fernanda dormida, desnuda en la cama como siempre. La denigras por lo que pudo haber hecho en la fiesta… Mañana le dirás lo que se merece, le recriminarás que no te haya llamado en toda la noche, le dirás mentirosa, desleal, la gritarás hasta que sus explicaciones te hagan feliz, te den un respiro… Te acuestas a su lado, te tranquiliza que esté ahí, te vuelve seguro, miras su cuerpo y ruegas a algún lugar que Mariana te haya sido fiel en su fiesta, que no te haya negado, que el anillo no se haya movido de ese dedo…, pues, piensas, vos no besaste a nadie, no hiciste nada, no tocaste nada, no fuiste a la luna y

sería injusto, mucho, que ella te traicionara aunque sea con el pensamiento. Piensas en cómo sería un hijo de los dos, en el viaje de la noche, en lo linda que se ve a tu lado… La abrazas.

El buzo en el piso.

ENTRE LETRAS - VOL. 1 /
Cuatro cuentos de David Betancourt
ISBN: 978-958-739-060-5

DIRECCIÓN EDITORIAL /
Gustavo Zuluaga Hoyos

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /
Alejandro Gallego

TEXTOS /
David Betancourt

PRÓLOGO /
Gustavo Zuluaga Hoyos

ILUSTRACIONES /
Paola Escobar
Alejandro Mesa
Ricardo Correa (Zokos)
Andrés Penagos

IMPRESIÓN Y ACABADOS /
JAVEGRAF
Calle 46A n.º 82-54 / PBX: 416 1600 / Bogotá, D. C.
Impreso en Colombia
Septiembre de 2015

Vicerrectoría de Investigaciones

© Universidad El Bosque / © Editorial Universidad El Bosque / © David Betancourt

ISBN: 978-958-739-060-5

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del *copyright* y de los autores de cada una de las imágenes y textos aquí presentados. Publicación sin valor comercial.

UNIVERSIDAD EL BOSQUE

Entre letras es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque, que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publicará en formato de cuadernillo con ilustraciones, y será de distribución interna y gratuita, para uso del personal de la Institución. Prohibida su venta.

[ENTRE LETRAS]

Cuatro cuentos de David Betancourt
fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.
Septiembre de 2015,
Bogotá, D. C., Colombia